

## Cultura

AMALGAMA/ Juan Ezequiel Morales

## LIBRE ALBEDRÍO

Una de las quimeras que nos hacen ser felices, creyendo que somos libres, es la del supuesto libre albedrío. Varias discusiones he cruzado con ciudadanos creídos de que son libres, cuando discutimos si una encuesta o sondeo político está o no sesgada, si no manejada, por el encuestador. La gran magia de todo es que preguntando a 1.000 personas se tiene una foto, aunque sea borrosa, de un colectivo de millones de personas, con una precisión mejorable en función de la técnica de la pregunta y la metodología para conseguir la aleatoriedad. Si sale uno o dos diputados más o menos de lo previsto, se considera un fallo porque no pensamos en la magia de que una población millonaria, una vez enfocada por el detector de mentes, pueda cantar lo que piensa con errores in-



La probabilidad de escoger una opción está determinada por, entre otros parámetros, “el número de individuos que han escogido esa opción previamente”

feriores al dos por cien, tan sólo con preguntar a un uno por mil de sus componentes. Es como hacer un análisis de sangre, estudiando unas gotitas sabemos lo que ocurre en el cuerpo entero. Y cuando se le pregunta a un anarquista por quién va a votar, y contesta que todo es una porquería, que va a romper la urna o a votar en blanco, da igual: también él es parte de un cuerpo social que va a ser dirigido desde arriba (no desde la elite, que es un número más, sino desde un arriba leviatánico), y está tan integrado dentro del cuerpo social como lo está

el que vote como un robot al partido que saque la mayoría. Las variaciones y alternancias no son de los ciudadanos en sí mismos, sino que las ordena y guía el cuerpo social (Leviatán). Si el cuerpo social, a su vez, ve que esa votación democrática cansa, no tiene problemas, se encargará de sufrir una purga o enfermedad y se quita la democracia, sobreviene un totalitarismo, y luego ya se cambiará cuando toque. Cada humano, entre tanto, es una comparsa, un espectador, una bacteria de la colonia. En estos días una prueba científica más de

que esto es así, la ha parido una fórmula matemática que refleja la probabilidad de escoger una u otra opción, estudiada por Gonzalo García de Polavieja, investigador del CSIC, y publicada en la revista *Proceedings*, de la Academia Nacional de Ciencias. La probabilidad de escoger una opción, dice el estudio, está determinada por, entre otros parámetros, “el número de individuos que han escogido esa opción previamente frente a los que han escogido Y”, a lo que se añade el nivel de información sobre las opciones a elegir. La fórmula es:  $P_x = (1 + (1 + as)) / (1 + (1 + as))$  donde en el numerador hay un exponente  $-(n_{subx} - k_{nsuby})$  y en el denominador otro exponente  $-(n_{suby} - k_{nsubx})$ , y todo elevado a la menos 1. Bien, el estudio partió de experimentos realizados con peces cebra, hormigas ar-

gentinas y peces espinosos (*Danio rerio*, *Linepithema humile*, y *Gasterosteus aculeatus*), y arroja “el comportamiento óptimo que debe tener cada individuo dentro de un grupo. Nuestros experimentos reflejan que el comportamiento de estas tres especies se ajusta mucho a dicho modelo”, lo que demuestra que “diferentes especies utilizan diferentes mecanismos sensoriales y fisiológicos para tomar decisiones pero, finalmente, todos ellos aplican la misma fórmula”. Esto es una bomba de relojería en la concepción del mundo del albedrío, si se sacan las suficientes conclusiones. Y la única manera de escapar de este lío, metiéndose en otro mayor, estaría en “De incertitudine et vanitate scientiarum atque artium declamatio invectiva”, de Cornelio Agrippa. Pero al menos recobraríamos el libre albedrío.

“ Cada humano, entre tanto, es una comparsa, un espectador, una bacteria de la colonia ”

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS/ Antonio Bordón

## UN PORTAVOZ DE LA DECEPCIÓN



David Foster Wallace. | LP/DLP

Dos libros traen de nuevo a la actualidad al malogrado escritor David Foster Wallace, muerto en 2008: *Más afuera* (Salamandra), de Jonathan Franzen, y *Conversaciones con David Foster Wallace* (Pálido fuego), de Stephen J. Burn. No son muchos los autores contemporáneos que han disfrutado a partes iguales del respeto de la crítica y del reconocimiento de sus colegas y cuya consideración se haya ido acrecentando con el paso del tiempo. Foster Wallace es uno de los pocos escritores de su generación digno de incorporarse a esta lista selecta. Un clásico verdaderamente excepcional teniendo en

cuenta el año de su nacimiento, 1962, y el volumen de su obra, que pese a no ser numerosa abarca más de 5.000 páginas, repartidas principalmente entre *La escoba del sistema* (de próxima publicación en Pálido fuego), *La broma infinita* y *El rey pálido*.

**En Más afuera** el autor de *Las correcciones* nos traslada a la isla de Alejandro Selkirk (conocida también como *Masafuera*), frente a las costas de Chile, a donde ha ido para esparcir las cenizas de David Foster Wallace. Llevar las cenizas de su amigo y colega hasta ese remoto lugar es idea de su viuda, Karen. Franzen lleva acabo el encargo asediado por los

## PRÓXIMO PRÓXIMO

Nacida en 1912 y muerta en 1975, la novelista inglesa Elizabeth Taylor sigue pasando de generación en generación con la aureola de escritora maldita. De hecho, su novela *La señorita Dashwood*, que llegará a las librerías la próxima semana gracias a Ático de los Libros, ha tardado más de 60 años en publicarse en España. Desde que Anagrama publicó la primera novela de Taylor, *Angel*, en 1986 (reeditada en 2012), nada habíamos vuelto a saber de esta escritora que cargó toda su vida con el estigma de compartir su nombre con el de la actriz de *La gata sobre el tejado de zinc*. Viene a cuanto recordar *Angel* porque al igual que su protagonista, Taylor “tenía la sensación de haber perdido los años adquiriendo unas destrezas [literarias] que a la postre no le servían para nada”. La llamaron la Jane Austen de los 60, pero no estaba segura que fuera un elogio. *La señorita Dashwood* narra la historia de Cassandra, un joven institutriz que llega a la casa de los Vanbrugh. Cuando divisa *Cropton Manor*, la deteriorada mansión y sus decadentes estatuas son como esperaba. Y Marion Vanbrugh, el patrón ideal: viudo, austero y distante. Marion y Cassandra se sienten atraídos el uno por el otro, pero ésta no es una novela de Austen y Marion no es el único inquilino de la mansión. Dicho todo esto, léanla y comprenderán por qué tanto alboroto.

recuerdos de su suicidio, dos años antes: “David estaba enfermo, sí, y en cierto sentido la historia de mi amistad con él es sencillamente que yo quería a una persona mentalmente enferma. Después, la persona deprimida se quitó la vida, de un modo calculado para infligir el máximo dolor a aquellos que más lo querían, y nosotros, quienes lo queríamos, nos quedamos con una sensación de rabia y traición. De traición no solo por el fracaso de nuestra inversión de afecto y cariño, sino por la manera en que su suicidio lo apartó de nosotros”.

**El volumen** de Stephen J. Burn es una selección de entrevistas que abarcan prácticamente toda la carrera de Foster Wallace, desde la publicación de *La escoba del sistema* (1987) hasta poco antes de su suicidio (2008), cuando ya no era más que una sombra y se veía a sí mismo como un portavoz de la decepción. Asomarse a estas entrevistas es como asomarse al otro lado del espejo donde todo es posible excepto la capacidad del autor para controlar mínimamente lo que ocurre a su alrededor. Foster Wallace ya no domina la batalla, ni el juego, ni sus propios sueños: está tan indefenso, tan solitario y tan patético como un soldado que intenta izar una bandera mientras el mundo se derrumba.

**Entre los muchos** momentos memorables de estas *Conversaciones* están sus teorías acerca de la escritura: “Utilizo una razonable cantidad de material pop en mi ficción, pero lo que quiero decir con ello no se diferencia en nada de lo que otra gente quería decir cuando escribían sobre árboles y parques y caminar hasta el río para recoger agua hace cien años. Simplemente se trata de la textura del mundo en el que vivo”. Y también los motivos que lo indujeron a escribir: “Creo que es el mejor momento para estar vivo y probablemente sea el mejor momento para ser escritor. No estoy seguro de que sea el momento más fácil”. No se equivocó.